

“ERRANCIAS”^{*} SICILIANAS DE STEFANO LANUZZA

Carmelo Vera Saura
Universidad de Sevilla

Como todos los últimos libros del poeta, ensayista y pintor siciliano afincado en Florencia, Stefano Lanuzza (1947, Villafranca Tirrena, Messina)¹, estas *Errancias en Sicilia* (*Erranze in Sicilia*, Napoli, Guida, 2004) se lee con tal fruición que no deja apenas respiro al lector, ávido de acompañar al autor en ese pequeño periplo de reencuentro con los pueblos de Sicilia y de ser lector cómplice, sobre todo, si quien lee, ha realizado ese mismo viaje y se reencuentra con Sicilia en estas páginas. Porque a Sicilia, como dice el mismo autor, hay que ‘pensarla’ más que verla. Estas *Errancias*, como los libros citados, fluctúan entre el diario y el ensayo, no sin elementos narrativos o líricos: para ello se vale de referencias al día concreto de su viaje, a veces basta un hoy, ayer o anoche, dando una sensación de día concreto diluido en el tiempo; utiliza la primera persona para el yo protagonista, pero también la segunda y la tercera, singular o plural; introduce descripciones poéticas del paisaje o de las ciudades, pero, sobre todo, de motivos de la historia del arte (museos, pinturas, monumentos...) amados por el autor; nos presenta a personas anónimas como si fuesen criaturas míticas, de modo que una joven puede ser una ninfa, y todo ello siempre guiado por un pensamiento que se divide entre la visión socio-cultural y la mítico-literaria, cuyo fin último es intentar llegar a componer la identidad del alma siciliana, la *sicilianidad*, para lo cual el poeta se vale de etimologías, de construcciones míticas, de las vivencias de su propio viaje, de sus propios pensamientos, de opiniones de escritores o de personas a las que encuentra y pregunta, como si se tratase de un reportero.

Por supuesto, nos encontramos ante uno de los tantos viajes de retorno del autor a la isla, pero no es un retorno a la infancia, sino un retorno vagante a un lugar imposible de definir, precisamente porque se define por sus propias contradicciones. Para ello Lanuzza vaga, merodea, y sin llegar aparentemente nunca al centro, nos ofrece, con un estilo bello e

* Utilizo el sustantivo “errancias”, no existente en español, tomado del infinitivo *errar* (vagar), con algo también de *error* (equivocarse de camino), pues así también lo utiliza parasintéticamente Lanuzza en italiano

¹ Enumero los últimos títulos publicados: *Vita da dandy. Gli antisnob, nella società, nella storia, nella letteratura*, (Viterbo, Stampa alternativa, 1999), *L'arte del diavolo. Un millennio di trame, ribellioni e scritture dell'Angelo decaduto* (Idem, 2000), *Dante e gli altri. Romanzo della letteratura italiana* (Idem, 2001), *Firenze degli scrittori del Novecento* (Napoli, Guida, 2001), *Gli erranti. Vagabondi, viaggiatori, scrittori* (Viterbo, Stampa alternativa, 2002), *I sognatori. Trame, linguaggi, scritture della notte* (Idem, 2003)

ilustrado, sintéticamente vagabundeando, la identidad de los sicilianos. Porque estas *Errancias* son una síntesis de lo que es Sicilia: Trinacria, por sus tres puntas, tierra mítica y paraíso perdido, <<corazón sísmico del Mediterráneo>>, tierra saqueada y arrasada por todos los habitantes que por ella han pasado (fenicios, griegos, romanos, árabes, normandos, españoles, austríacos...), hasta llegar a la mafia de los siglos XIX y XX. Ello ha llevado a que los sicilianos consideren, según Lanuzza, su identidad como algo precario, oscilante entre yo y no-yo, entre existencia e inexistencia, entre dos polos siempre opuestos: <<reservados o expansivos y con el corazón siempre dispuesto, humildes u orgullosos hasta el exceso y críticos hasta el derrotismo, sensibles al juicio de los demás no porque se quieran a sí mismos sino para despreciar a quien no los estima, ¿cómo podrían los sicilianos reivindicar una identidad segura?>>.

No faltan pasajes de crítica social, como el primer capítulo, *La isla y el puente*, en el que relata el proyecto político de crear un puente entre la isla y el continente, cuando, en realidad lo que necesita Sicilia son otras muchas cosas primarias: casas, hospitales, trabajo... todas sintentizables en la palabra justicia. Este es el verdadero puente que redimiría al pueblo siciliano. Este viaje lanuzziano comienza por Messina, la ciudad de donde partiría el futuro puente, y en ella, como en cada lugar visitado, no deja el autor de recordar a algún escritor nacido allí y poco reconocido en Italia. En este caso es Stefano D'Arrigo, mesinés de Alí Marina, autor de la novela marina del estrecho *Horcynus Orca* (1975)², en la que el empleo del dialecto siciliano oriental es elevado a categoría literaria, <<única historia de mar escrita por un gran autor siciliano>>. Este uso del dialecto siciliano representa una búsqueda de la propia identidad, que, según Lanuzza, parte de los grandes escritores veristas Verga y Capuana, para llegar a la conclusión de que la literatura italiana es en gran parte literatura siciliana y sin ella no puede hacerse la historia literaria de Italia. Un poco quizá como sucede con los autores andaluces en la literatura española. Más adelante escribirá que aquellos aquellos dos grandes de la narrativa contemporánea italiana, junto a De Roberto, napolitano afincado y muerto en Catania, fueron maestros para los realistas líricos Tozzi, Pavese, Alvaro, o los sicilianos Vittorini, Villarroel, Rosso di San Secondo, Bonaviri o Fortunato Pasqualino, y para el realismo crítico ilustrado de Pirandello, Borgese, Brancati, Tomasi di Lampedusa, Ercole Patti, Angelo Fiore, Sciascia o Sebastiano Addamo, hasta los más coetáneos nuestros Michele y Carmelo Perriera, Matteo Collura, Ignazio Apolloni, Domenico Cacopardo o Roberto Alajmo.

Taormina, Acireale y Catania serán las siguientes paradas. El autor recuerda las marionetas (*pupi*) que en su niñez aún hacían reír a los niños en las plazas con sus teatros de barrio y sus historias maravillosas de castillos, sarracenos, Orlandos y Carlomagnos recitando en el cantarino dialecto del pueblo. Recuerdos y trozos de diario se entremezclan junto a encuentros con amigos literatos o con descripciones de paisajes urbanos o de elementos artísticos altos o bajos que nos muestran al Lanuzza amante del arte, así por ejemplo la descripción de un carro siciliano es expresada con toda minucia de adornos. Uno

² Sobre este autor Lanuzza ha publicado, entre otros estudios, *Scill'e Cariddi. Luoghi di "Horcynus Orca"*, Catania, Lunarionuovo, 1985.

de los amigos que encuentra en Catania es el poeta, narrador y editor Mario Grasso, autor del poema épico *Concabala* (Milano, All’insegna del Pesce d’Oro, 1997), director de la revista *Lunarionuovo* y de la *Gazzetta Ufficiale dei Dialetti* y animador cultural de Congresos que han rescatado a autores sicilianos: Bonaviri, Bufalino, Borgese, Consolo, D’Arrigo, Fiore, Pizzuto, Sciascia, Lampedusa, Camilleri, Buttita, Cattafi, Piccolo, Quasimodo o Ripellino, entre otros. Y precisamente de algunos escritores se entresacan ideas para identificar esa sicilianidad buscada: los sicilianos son tímidos y al mismo tiempo temerarios, parten a la aventura, lejos de su tierra, para <<demostrar (o demostrarse a sí mismos) que existen...>> y si dejan su isla es para, al tenerla lejos, amarla como una <<amada imposible>>, y no parten para buscar riqueza sino una <<seguridad pobre>>. El mismo *Gattopardo* de Lampedusa le sirve para decir que <<los sicilianos no querrán jamás mejorar por la simple razón de que se creen perfectos. Su vanidad es más fuerte que su miseria... toda intromisión de extraños turba su complaciente espera de la nada>>. Catania, con su <<luna de oro y óxido>> y su <<olor de azufre>> parece ser, recordando la *Vida errante* de Maupassant, tierra del diablo, compitiendo con Turín, y para ello Lanuzza menciona algún hecho verídico. Esta faz diabólica no sería sino una manifestación más del espíritu supersticioso y barroco siciliano, que junto a la faz opuesta de la especulación inmobiliaria nos llevan al <<sulfúreo olor de mafia>>, que entre los años 80 y 90 mató a más de dos mil personas. Catania, como Sicilia, es contradicción. Catania da aún para que Lanuzza converse con el filósofo Manlio Sgalambro sobre insularidad e identidad poniendo a Joyce, Beckett o D’Arrigo como isleños que narran la búsqueda de la identidad del yo.

No es posible estar en Catania sin ver y pensar el Etna exterminador, aplicando el mismo adjetivo que Leopardi utilizó en *La retama* para el Vesubio. Sin embargo, una muestra científico-artística del artista Michelangelo Levi, el cual toma al volcán como epicentro de la conciencia de Europa, sirve a Lanuzza para ver el lado benéfico y constructivo del volcán, quizá la figura más mítica e identificadora de Sicilia, como ha puesto de manifiesto Maria Corti en su *Catastro mágico* (*Catasto magico*, Torino, Einaudi, 1999), que presenta al volcán como selva simbólica de una *coincidentia oppositorum* y como espejo de la historia de Occidente desde el Empédocles suicida hasta las bombas de los mafiosos que resuenan por sus laderas. Visto desde la contemporaneidad, el volcán es más símbolo de infierno que de paraíso.

Siracusa será la próxima singladura, el más dulce lugar de Sicilia, desde donde Lanuzza parece divisar la isla Lampedusa y también la costa africana, aludiendo a los desesperados negros que buscan una vida digna y ridiculizando a los sicilianos que dicen que <<no comemos pescado, hay demasiados cadáveres en el mar>>, tomando la frase de un periódico del 23 de junio del 2003. Siracusa le trae el recuerdo al viajero del novelista siracusano Vittorini. El más cálido de los lugares sicilianos y el más antiguo, tierra de Alfeo y Aretusa y de Teócrito, paraíso de sol y calma. De allí se dirigirá a Noto, no sin antes ver algún cuadro de Antonello da Messina o de Caravaggio. En Noto llegará a la conclusión junto a un amigo arquitecto de que una de las causas del barroco siciliano es la actividad telúrica de sus tierras siempre en movimiento sísmico, donde belleza y caducidad, perfección e *inconclusión* serían algunas de las características de las ciudades sicilianas. Precisamente al espíritu barroco literario dedica uno de los capítulos Lanuzza. En este

sentido Sicilia se emparenta con España, Francia, Roma, Venecia, Praga o Leningrado. El barroco es visto como potencia transgresora, contradictoria en cuanto identidad dispersa y esclava de los señores del poder. Por ello Noto es ejemplo de <<decadencia y fealdad>> urbana que los dirigentes han ocasionado. No sólo el barroco pertenece al campo del arte sino también a la vida misma, de modo que un caso de necrofilia en Ragusa sirve al autor para recordar el barroco necrófilo siciliano. Ragusa, Modica y Scicli son otros lugares de peregrinaje. La segunda conserva el recuerdo del poeta Quasimodo en su casa natal, aunque Lanuzza se lamenta de que tras el recibir el Nobel en 1959 consideraron al poeta siciliano *persona non grata* en el famoso Centro literario Gabinetto Vieusseux de Firenze para silenciar su éxito. Los animales fantásticos y los mascarones metamórficos de los palacios de Scicli cierran este periplo barroco siciliano, cuya correspondencia literaria la encuentra Lanuzza en los poetas Piccolo, Ripellino, Cacciatore o en los novelistas D'Arrigo, Consolo o Bufalino.

Agrigento es el nuevo arribo del viandante, que para Píndaro fue la <<más bella ciudad de los mortales>>. Pirandello y Camilleri son los referentes literarios nativos. Lanuzza resalta el valor literario del segundo al utilizar un dialecto <<arcaico y bárbaro>> y la lengua hablada frente al lenguaje conformista de la narrativa nacional. La trama de su narrativa es asimilable a la novela negra y esto ha sido visto por la crítica como un defecto al encuadrarlo en un género paraliterario. Este uso dialectal está jaspeado por palabras de origen griego o árabe que caracterizan la lengua camilleriana. Con él comparte Lanuzza el placer de la comida de cierto mesón Vigata de Porto Empedocle, presente en la literatura de Camilleri y en el viaje de Lanuzza, en donde, entre otros, se pueden degustar spaghetti condimentados con erizos de mar o huevos de langosta, pasta con sardinas, sepia en su tinta con orégano, miel cocida con cáscara de naranja o cedro, *cannoli* (rollo dulce de pasta frito o al horno, relleno de requesón, fruta confitada, pistachos y chocolate), *cassata* (helado de crema, nata y fruta confitada), hasta *cabezas de turco*, *lunas de Mahoma*... delicias culinarias del barroco de Sicilia.

Sciacca árabe, Marsala de recuerdo garibaldiano, Trapani, Erice, son otros de los destinos del viajero, al cual le asalta el recuerdo del escritor Mauro Rostagno, fundador de la revista *Lotta continua* (*Lucha continua*), que fue asesinado por la mafia trapanese en 1988 precisamente por atacarla. Pero ¿quién se acuerda de esos muertos que dicen la verdad, cuando en Italia la <<indiferencia y la dejadez de muchos parece superar la indignación de unos pocos>>? Para confirmar el lamentable estado de los gobernantes italianos Lanuzza trae a colación un caso de corrupción que casualmente el diario *La Repubblica* del 27 de junio del 2003 publica sobre el Presidente de la Comunidad Autónoma de Sicilia.

Tras el paso veloz por Monreale Palermo es la siguiente escala lanuzziana. Y para continuar con la contradicción del alma siciliana pone en contraste la belleza única de Palermo con la especulación inmobiliaria de los últimos decenios que la ha colonizado. Y no se anda con rodeos para expresar que tras los asesinatos de los jueces antimafia Falcone y Borsellino rige en esta ciudad una *pax mafiosa*. Tras unas notas sobre el centro histórico y algún antiguo personaje se detiene en el origen de la palabra mafia, la cual, siguiendo el autor a Santi Correnti, deriva del toscano “*maffia*”, que significaba miseria, ostentación

vistosa, y pasó a usarse en Sicilia en el segundo decenio del siglo XIX Pero, con Correnti, Lanuzza precisa que la “Honorable Sociedad” tiene su origen en España y fue exportada a sus posesiones italianas durante el siglo XVII, como demuestra la obra *Los novios* de Manzoni. Describe Lanuzza que existían dos mafias que se dividían el territorio: la mafia rural y la mafia urbana. La primera controlaba los latifundios, los pueblos, el riego, la fruta, el ganado, las licitaciones de obras agrícolas, y, por supuesto, los votos. La segunda dominaba en la construcción, el contrabando, la prostitución, el mercado industrial y los astilleros navales. Tras una guerra entre las dos la rural se hizo con el poder y capitaneada por Luciano Liggio, apodado *El lobo*, la mafia se integró en el crimen internacional, en la droga, en la exportación de capital y en el blanqueo del dinero mediante *holding* de empresas (supermercados, casinos, bancos, sociedades financieras, etc.), y, por supuesto, terminó por dominar las grandes obras públicas de Sicilia, con la complicidad del alcalde de Palermo de la Democracia Cristiana Vito Ciancimino. Hasta llegar a las matanzas de los jueces Falcone y Borsellino, cuyos asesinatos fueron ordenados por las familias mafiosas americanas, contrarias a la colaboración entre Falcone y el alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani. Tras el arresto en 1993 del jefe Totò Riina las masacres parecen haberse suspendido, pero, para Lanuzza, sólo se trata de una estrategia al cambiar el ruido de las bombas por el silencio, un silencio que rige la misma organización de “Cosa Nuestra”, y tras el cual existen nuevas alianzas, advertencias y chantajes, dando la impresión de que no existe.

Después de los inevitables recuentos sobre la mafia el viandante retoma el gusto artístico en el Palacio de los Normandos, joya árabe de arquitectura, sede del gobierno siciliano, en el que a Lanuzza le asalta el recuerdo de Federico II de Suabia (1214-1250), el <<emperador filósofo>> que habitó el palacio antes de ser excomunicado por cismático, herético y lujurioso, propugnador de la idea de imperio como unidad espiritual de la cristiandad, creador de *Las constituciones de Melfi* (1231), una serie de leyes que limitaban el poder de Iglesia y nobles a favor de una justicia laica, favorecedor de la cultura y animador de la Escuela poética siciliana. Para Lanuzza sabemos que representa la sabiduría, la justicia y la cultura en su poema *Stupor Mundi* (*Bosque del ser* [*Bosco dell'essere*], Roma, Fermenti, 2000), un símbolo para la Europa de hoy. La estancia palermitana se completa con la visita a la Villa de los Monstruos, en Bagheria, con sus seiscientas estatuas de animales con cabezas humanas hechas con piedra volcánica, toda una imagería híbrido-teratológica del siglo XVIII que para Lanuzza representan los monstruos del sueño de la razón: lo feo no es el mal sino la verdad.

Las islas Eolias son el último punto de la gira lanuzziana y quizá el momento más relajante del viaje, acrecentado por el reencuentro con amigos florentinos. Antes ha dejado Capo d'Orlando, la ciudad del poeta Lucio Piccolo y del escultor Giovanni Torres La Torre. En Lipari ascienden hasta el cráter del volcán de la isla, como si fuese un pequeño Etna. Para cerrar el círculo sículo Lanuzza vuelve a Messina para contemplar las pinturas murales de Ghersi, una de las cuales se inspira en una escena de la travesía del estrecho del marinero 'Ndrja Cambria y de la Caronte Ciccina del *Horcynus Orca*, metáfora que tantos sicilianos han hecho realidad, y que Lanuzza ha renovado en estas *Errancias* tan amenas, personales y estimulantes en estos tiempos de indiferencia.